

HISTORIA Y SOCIOLOGÍA. UN LARGO DEBATE

Óscar Hernández Chinarro
Licenciado en Historia Contemporánea (UCM)
escipion32@yahoo.es

Resumen: Frente al racionalismo imperante del siglo XVIII, durante las primeras décadas del siglo XIX surgió una nueva corriente histórica, representada por la historia social y la sociología, que intentaron establecer una ruptura con la Historia tradicional abriendo un nuevo campo dentro de las ciencias sociales, lo que trajo consigo un avance en las investigaciones históricas. Aunque ambas disciplinas se desarrollaron de forma autónoma, a lo largo del siglo XX se produce una simbiosis entre ambas, dificultando establecer las barreras que las separan. El presente artículo analiza el origen, desarrollo y adversidades de ambas disciplinas a lo largo de la edad contemporánea.

Palabras claves: historia, interdisciplinar, sociología, ciencia, XIX.

Abstract: Against the prevailing rationalism of the eighteenth century, during the first decades of the nineteenth century emerged a new historical current, represented by social history and sociology that attempted to break with the traditional story, opening a new research field within the social sciences, which resulted in a breakthrough in historical research. Although both disciplines were developed independently, throughout the twentieth century there is a symbiosis between the two, difficult to establish the barriers separating them. This article analyzes the origin, development and adversity in both disciplines over the contemporary age.

Key words: history, interdisciplinary, sociology, science, XIX.

1. Los orígenes

La Historia que se escribía durante los siglos XVIII y XIX, y a la que se ha calificado durante tanto tiempo como «*historia tradicional o historia de los acontecimientos*», y que estuvo caracterizada por centrar sus estudios en los aspectos fundamentalmente político y militar, fue la predominante en el campo de las ciencias sociales hasta que autores como Michelet, Ranke o Burckhardt recogieron el legado de autores «*mucho más sensibles a las perspectivas de la larga duración*» permitiendo abrir un campo más amplio en el mundo académico: la Historia Social. Frente al racionalismo del siglo XVIII «*el nuevo sentido histórico rechazó la abstracción de las construcciones intelectuales y se afirmó como un sentido de lo real por la intuición de la vida concreta*» (FREUND, 1975, 28). Durante la segunda mitad de

siglo, algunos autores franceses e ingleses, como Montesquieu o Ferguson, a los que se clasificó como teóricos sociales, debido a que en sus obras trataban de establecer teorías comparativas y analíticas, comenzaron a dar la espalda a los contenidos tradicionales de la historia, abogando por un campo más amplio que incluyera las leyes y costumbres, el comercio y/o las artes de la propia sociedad que se estudiaba. Durante el siglo XIX, serían los alemanes, con el historiador Karl Lamprecht a la cabeza, quienes incorporaran el nuevo concepto a sus teorías históricas. Lamprecht intentó propugnar una historia colectiva que aglutinara conceptos de otras disciplinas, pero sus nuevos planteamientos no fueron bien acogidos. Estos primeros intentos de acabar con la Historia tradicional fracasaron. Los historiadores, influenciados por la política nacionalista que se desarrolló en toda Europa a mediados del siglo XIX y el auge del concepto de estado-nación, volvieron a entronizar la historia política como la verdadera Historia. Esto suscitó que a principios del siglo XX la Historia fuese considerada nada más que como una resurrección del pasado, es decir, la narración de historias de forma descriptiva. Sin embargo, aunque el combate resultó favorable a los “tradicionalistas”, el intento de conseguir una ruptura total con el tiempo corto puso las bases para una alteración del tiempo histórico tradicional.

Tendremos que esperar a la segunda década del siglo XX para que la historia social arraigue entre las disciplinas tradicionales. Aunque la nueva historia tuvo buena acogida entre los investigadores norteamericanos, sería en Francia donde mayor impronta tuvo, sobre todo a raíz de los trabajos realizados por los historiadores Lucien Febvre y Marc Bloch, quienes fundaron un periódico para promover este nuevo tipo de historia, conocido como *Annales d'histoire économique et sociale*. En él, planteaban sustituir la Historia “tradicional” por una historia más amplia y más humana, la cual se ocuparía menos de la narración de los acontecimientos y se centraría más en el análisis de las estructuras, fundamentales para entender los cambios sociales.

Por su parte, los primeros estudios de corte sociológico son tardíos. La nueva disciplina, al igual que la historia social, tuvo que hacer frente a las críticas vertidas desde el racionalismo, ya que la consideraban una disciplina «*demasiado científica, en el sentido de que era abstracta y reduccionista*», debido a que «*no tenía en cuenta la singularidad de los individuos y los acontecimientos*». Desde su irrupción en el mundo académico a principios del siglo XIX, los sociólogos estuvieron muy mal vistos, teniendo que superar diversos obstáculos frente a sus colegas historiadores, quienes la veían como una intrusa, la cual existía porque «*la historia no hace todo lo que agota el ámbito que le es propio y deja a ésta que lo haga en su lugar*» (VEYNE, 1984, 180). Tres factores se han establecido que fueron fundamentales en el desarrollo de la sociología:

1. la ruptura con el continuum, ya que Weber busca sus recursos en todos los terrenos.
2. el tono desenvuelto de este outsider que desdeña los hábitos profesionales y el estilo tradicional.
3. el hecho de que el método comparativo le lleva a plantear problemas en lo que los especialistas nunca hubieran pensado.

Estos estudios tuvieron una orientación fuertemente evolucionista, es decir, extrapolaban la evolución que se producía en el mundo de los seres vivos a las sociedades humanas, como una forma de explicar los fenómenos sociales. De esta manera, al igual que en el mundo animal y vegetal se produce una evolución de formas simples y elementales hasta formas más complejas y especializadas, las sociedades humanas evolucionarían de pequeñas a grandes, de simples a complejas, etc. Una de las mayores aportaciones de la sociología durante los primeros años fue la importancia que se dio al trabajo de campo, o lo que es lo mismo, la observación participante. La importancia de estos estudios fue experimentada por Malinowski en sus investigaciones sobre los nativos de las Islas Trobriand, en Nueva Guinea, poniendo el acento en el trabajo de campo como el método antropológico por excelencia. Esto permitió establecer las bases de una nueva forma de hacer historia. Estos pioneros disponían de un amplio campo de datos comparativos sobre la vida social de los pueblos no europeos, pero no todos ellos los utilizaron para apoyar sus teorías. Así, por ejemplo, mientras en las obras de Durkheim y Hobhouse se aprecia una clara disposición a utilizar esta clase de información, otros autores como Weber o Pareto, apenas los usaron. Tras estos estudios, la antropología vivió su edad de oro durante los años 20 y 30 del siglo XX, influenciando al desarrollo propio de la sociología. El británico Goldthorpe estableció tres consecuencias inmediatas de los estudios antropológicos sobre la sociología (GOLDTHORPE, 1990, 55-56):

-En primer lugar, el desarrollo del trabajo de campo incitó a *«algunos sociólogos europeos americanos a emular dicho logros realizando investigaciones de acuerdo con los métodos de los estudios antropológicos, sobre las sociedades urbanas occidentales»*. La aplicación de los métodos antropológicos culminó en estudios como los realizados por Robert y Helen Lynd en 1924, quienes centraron su estudio en una ciudad americana, a la que dieron el nombre ficticio de Middletown.

-Una segunda consecuencia fue *«la adopción del funcionalismo como planteamiento teórico»*, sobre todo en los últimos años de la década de los 40 y a principios de los 50, abriendo un debate entre dos planteamientos: el funcionalista, que consideraba a la sociedad como un sistema de partes interrelacionadas y que se mantenían unidas por el consenso, y el criterio

contrario, que daba mayor importancia al conflicto y consideraba que la sociedad permanecía unida por la coerción.

-La tercera y última consecuencia derivada fue la *«explotación de las fronteras existentes entre la antropología social y la sociología»*, representada por la obra del norteamericano Robert Redfield, quien utilizó los métodos de la antropología social en su estudio de las sociedades campesinas europeas occidentales, pionero en este tipo de estudios.

Al igual que había ocurrido con la historia social, La irrupción de la sociología provocó una ruptura con la historia tradicional de Weber. Este giro del estudio del presente a expensas del pasado se debe a *«una razón de índole práctica»*, es decir, *«como los historiadores no habían proporcionado a los sociólogos el material que necesitaban, éstos se vieron obligados a fabricar sus ladrillos ellos mismos»* (BURKE, 1987, 22). El aumento del material y de los trabajos realizados por los sociólogos, permitió a éstos no depender de otros campos ajenos al suyo, como el etnológico o el histórico. Por lo tanto, podemos afirmar que a principios del siglo XX la sociología se estaba institucionalizando, profesionalizando.

2. Historia y sociología

La incorporación de la nueva disciplina al campo de las investigaciones históricas, generó resentimiento entre los historiadores clásicos, quienes levantaron muros frente a sus competidores. Desde el primero momento se establecieron diferencias con respecto a sus objetivos, su método y su epistemología, dejando bien claro cual era el campo que correspondía a cada una. Sin embargo, ¿existían realmente diferencias entre ambas disciplinas? Si acudimos a los textos, podemos comprobar que la historia se ha definido como *«el estudio de las sociedades humanas, destacando las diferencias que hay entre ellas y los cambios que se han producido en cada una a lo largo del tiempo»* (BURKE, 1987, 11). Por su parte, Weber estableció que la historia *«se esfuerza por alcanzar el análisis e imputaciones causales de las personalidades, estructuras y acciones individuales consideradas culturalmente importantes»*. El historiador francés, Ferdinand Braudel, la definió como *«una investigación científicamente dirigida, es decir, una ciencia, pero compleja, no existiendo una historia única, sino historias»*. Por su parte, la sociología es definida como *«el análisis científico del comportamiento humano. Representa un intento de aplicar el estudio de la sociedad humana el mismo método y el mismo sistema de aproximación científica que han obtenido resultados satisfactorios a la hora de proporcionar un conocimiento del mundo físico»* (GOLDTHORPE, 1990, 17), a lo que deberíamos añadir *«y su afán por encontrar reglas generales del acaecer»*, como defendió en su día Weber.

Entonces, sí la historia *«es el estudio de las sociedades humanas, centrándose en el análisis causales de las personalidades»* y la sociología es *«el análisis científico del comportamiento humano»*, es decir, ambas estudian y tratan de entender los cambios que se producen en una sociedad concreta, ¿qué es lo que las diferencia?:

Una de las discrepancias fundamentales entre ambas disciplinas es el tiempo. *«El tiempo de los sociólogos no es el nuestro»*, dice Braudel, y no sin razón. Ambas disciplinas se mueven en una temporalidad distinta. Mientras la historia se especializa en un ámbito y en un período determinado, la sociología está limitada a una época, más que a un espacio, basándose únicamente en la experiencia contemporánea. Para el historiador el tiempo lo es todo, *«todo comienza y todo termina por el tiempo»* (BRAUDEL, 1984, 99). Mientras los historiadores están atentos al tiempo breve, al individuo y al acontecimiento, el sociólogo presta toda su atención al instante, el cual es siempre actual. Otra diferencia son las fuentes utilizadas. Aunque las dos tienen el mismo objeto de estudio, a saber, la sociedad y la causalidad del acontecimiento histórico, ambas disciplinas lo abordan de forma distinta. Mientras la historia siempre ha estado asociada a la investigación de fuentes primarias, la sociología se vincula a las fuentes secundarias. De igual modo, encontramos diferencias en el tipo de narración. Sí la historia se ha proclamado dueña de la narración y la sociología se ha apropiado del análisis, *«obedece al hecho de que la primera se presenta como propia de la interpretación de acontecimientos singulares, mientras que la comprensión y explicación de causas generales requeriría un aparato analítico»* (SANTOS JULIÁ, 1989, 79).

En resumen, podríamos decir que las fuentes primarias, la narración y la inducción se relacionan con el dominio de lo singular y único, y por lo tanto, propio de la historia. De la misma manera que las fuentes secundarias, el análisis y la deducción aparecen asociadas al territorio de lo general, y por lo tanto, propio de la sociología.

Pero a pesar de todas estas diferencias, debemos tener en cuenta que no son puras, es decir, que todas las ciencias sociales están contaminadas entre ellas. Así, encontramos trabajos de historiadores que han pasado de estudiar lo particular a estudiar lo general, los hechos aislados a las uniformidades y la narración al análisis. De igual manera, la sociología si bien utiliza tanto la deducción matemática como la experimentación, más propia de las ciencias físicas o naturales, su método comparativo es más propio de las ciencias humanas. En este sentido no hay diferencias sustanciales entre historiadores y sociólogos. De este modo, podríamos decir, que en lo esencial, *«la finalidad de las ciencias humanas»*, en las que se incluyen la historia y la sociología, *«es aislar los fenómenos para describir mejor sus*

correlaciones, utilizando tanto la investigación y la estadística», más propias de la sociología, «como el método histórico», monopolio de la historia, «para llegar a una definición y a una clasificación clara y establecer las constantes o unas leyes empíricas si el análisis de los encadenamientos causales lo permite» (FREUND, 1975, 35).

3. ¿Ciencia ideográfica o ciencia nomotética?

Antes de establecer si la historia y la sociología son ciencias ideográficas o nomotéticas, debemos plantearnos si ambas disciplinas pueden ser consideradas ciencia, como la física o la biología. Como afirmó el francés Leclerq, *«se reserva el nombre de ciencia para los estudios que tienen por objeto el conocimiento científico, y se llama conocimiento científico a un conocimiento preciso, obtenido por procedimientos metódicos» (LECLERQ, 1961, 105)*. Según esta afirmación, ¿podemos incluir a la historia y la sociología como ciencia? Desde principios del siglo XX, algunos autores, como el británico R. G. Collingwood, abogaron por establecer una distinción entre el oficio del historiador y la investigación realizada por el científico, debido a que la metodología utilizada por los historiadores no podía englobarse dentro del campo de las ciencias, ya que la manera correcta de investigar la naturaleza es a través de los métodos científicos, de la experiencia, y por lo tanto, la historia no lo utilizaba. Éste debate no se circunscribió sólo al mundo anglosajón. Desde Francia hubo también intelectuales y académicos que negaban la científicidad de las ciencias sociales. Unos de sus más destacados miembros fue el historiador Paul Veyne quien defendió y argumentó que la historia no podía ser considerada como ciencia, *«ya que su objeto sería la variación y no la uniformidad y, por lo tanto, no podrían aplicársele nunca modelos de explicación causal fundados en enunciados de carácter general»*. Veyne vertió sus críticas en la idea comtiana que presumía un estadio pre-científico en este terreno, considerándolo irrealizable por parte de las ciencias sociales. Por lo tanto, la historia quedó relegada de las ciencias puras ante su imposibilidad de formular leyes generales.

¿Y la sociología? ¿Podemos considerarla como ciencia? De igual manera que la historia, la sociología fue considerada como una pseudociencia, es decir, una ciencia pura no completa, porque el método utilizado para el estudio del hombre es sólo *«apropiado para el estudio de la naturaleza y no hay lugar para la historia social en el mapa del conocimiento» (BURKE, 1987, 18)*. Incluso desde el propio campo de la sociología, algunos autores como Leclerq, Horton, o Andreski, determinaron no incluir a la sociología dentro del campo de las ciencias puras debido a que *«la complejidad de estos fenómenos, la multiplicidad de factores que en ellos intervienen, la falta de precisión de los datos que es posible recoger a propósito de*

ellos, hacen muy difícil el logro de tal objetivo» (LECLERQ, 1961, 330). Los principales obstáculos con los que se encontraban los sociólogos a la hora de clasificar a la sociología como una ciencia provenían de tres factores (TEZANOS, 2008, 457-458):

1. el comportamiento humano cambia demasiado de un periodo a otro, no permitiendo predicciones científicas y exactas.
2. el comportamiento humano es demasiado esquivo, sutil y complejo, para que tolere categorizaciones rígidas e instrumentos científicos artificiales.
3. el comportamiento humano lo estudian solamente otros observadores humanos, y éstos siempre deforman fundamentalmente los hechos que observan.

Por lo tanto, al igual que le había ocurrido a la historia, la sociología fue excluida de las ciencias puras debido a la complejidad de su objeto de estudio y a su falta de resultados.

Sí la historia y la sociología no fueron consideradas ciencias, ¿qué rama del saber ocupaban? Para zanjar el asunto, el británico Stuart Mill intentó definir de manera sistemática el estatuto de las ciencias humanas. Según Mill *«todo razonamiento científico se reduce a la inducción, que constituye así el razonamiento primario del cual proceden dos razonamientos derivados: la experimentación y la deducción»*. De ahí, la existencia de dos tipos de ciencia: una la llamada experimental, que se encargaría de establecer inducciones nuevas; y otra, la deductiva, que inferiría sobre nuevas propuestas a partir de inducciones ya establecidas. El planteamiento de Mill podría ser aplicado y válido para las ciencias de la conducta y de los actos humanos, ya que *«las acciones humanas obedecen a unas leyes también, y como tales constituyen verdaderas ciencias»* (FREUND, 1975, 72). En la misma línea que Mill, se pronunció el filósofo alemán Wilhelm Windelband, quien sustentó que la división entre ciencias era un error ya que ésta se había elaborado sobre la base del objeto particular o contenido que estudiaba cada ciencia. Por eso, estableció dos categorías esenciales en el campo de las ciencias: por un lado, las ciencias racionales, en las que se podrían incluir las matemáticas y la filosofía, ya que son ciencias que se caracterizan por su método indirecto; y por otro, las denominadas de la experiencia, aquellas que toman un objeto directamente dado en la experiencia. Esta segunda categoría se subdividía a su vez en dos niveles: *«las ciencias nomotéticas, cuya finalidad formal es la de descubrir las leyes de la naturaleza y del devenir, y las ciencias ideográficas, que sólo comprenden el devenir como historia, es decir, que estudian el objeto en su singularidad»* (FREUND, 1975, 104-105). A pesar de todas éstas objeciones, podríamos englobar a la historia y la sociología dentro del campo de ciencias nomotéticas ya que los sociólogos al tratar de aprender a observar las pautas, intentan explicarlo desde fuera tendría como objeto final descubrir las leyes de la naturaleza y del devenir evolutivo, mientras los historiadores tiene *«el*

propósito de llegar a cada proceso completo en toda su complejidad», por lo tanto, *«en su originalidad irreductible»* (HERNÁNDEZ SANDOÍCA, 1995, 217).

En definitiva, debemos tener en cuenta que la distinción entre ciencias ideográficas y ciencias nomotéticas, no se debe a su oposición *«en virtud de su objeto, sino en virtud de su manera diferente y propia de abordar el análisis de los fenómenos dados en la experiencia»* (FREUND, 1975, 105), sucediendo a veces que algunas ciencias que podrían ser consideradas ideográficas o que normalmente utilizan el método ideográfico, se interesen por utilizar el método nomotético, y de igual manera puede suceder al contrario, como ocurre con la psicología.

4. Cooperación interdisciplinar

Como hemos visto en los apartados anteriores, la frontera entre historia y sociología se basaba entre lo singular y lo general, ya que la historia trataba de alcanzar el análisis e imputaciones causales de las personalidades, estructuras y acciones individuales consideradas culturalmente importantes, mientras que lo característico de la sociología era el esfuerzo por establecer leyes. Sin embargo, las barreras establecidas desde el siglo XIX entre la historia como terreno de la inducción y la sociología como el de la deducción deben ser derribadas, ya que ambas disciplinas tratan de comparar, formular hipótesis causales, establecer conceptos, narrar los hechos previamente documentados por medio de la investigación en fuentes primarias, etc., y por lo tanto, ambas ramas intentan conocer el pasado, interpretarlo y explicarlo. En definitiva, lo único que las diferencia es que, por sus prácticas de investigación, los historiadores suelen atender determinadas tareas de ese trabajo y los sociólogos suelen enfrentarse a otras. Sin embargo, la magnitud de la empresa parece exigir una división del trabajo entre los diferentes niveles, de ahí la necesidad de una cooperación entre las distintas ciencias sociales.

¿Debe existir una cooperación entre la historia, la sociología y las otras ciencias sociales? Las conexiones entre las distintas ciencias sociales durante los momentos fundacionales se basaron en marcar enfáticamente las fronteras y las especificaciones de cada una de ellas, pugnando por afirmar *«su existencia y por conquistar unos espacios que hicieran factible su reconocimiento público como ciencias con un status y un lugar propio en el edificio científico»* (TEZANOS, 2008, 557). No obstante, desde finales del siglo XIX *«no se pueden negar las influencias y los paralelos entre unas y otras, las similitudes y los intercambios [...] las confluencias y la labilidad de sus fronteras epistemológicas»*. Ya, desde mediados de siglo,

algunos autores como el propio Karl Marx, plantearon la idea de crear una ciencia positiva de la sociedad. Marx defendía que las ciencias naturales incorporarían algún día la ciencia del hombre, al igual que la ciencia del hombre incorporaría la ciencia natural. Si la sociología *«ha invadido el campo de sus compañeros»* (SANTOS JULIÁ, 1989, 83) ¿por qué no podría hacer lo mismo la historia frente a otras ciencias sociales?

Este entendimiento y/o cooperación fue lanzado sobre todo desde el campo de la historia, cuya finalidad sería llegar a constituir una ciencia unitaria, única. No se puede negar que los hechos pasados reconstruidos por los historiadores pueden aportar a los sociólogos una documentación muy importante del período estudiado. Los sociólogos pueden *« extraer de allí abundante material y encuentran en la historia una gran parte de los documentos que permiten un conocimiento exacto de la vida social»* (LECLERQ, 1961, 294). Pero al igual que la sociología puede encontrar en los talleres y obras de la historia sus materiales, sus herramientas o su vocabulario, los historiadores pueden hacer uso de los conceptos aportados por la sociología, como el rol, permitiendo explicar la conducta que se ha analizado en términos de las personalidades y aportando algunas características de la cultura y la sociedad que pretenden analizar. El trabajo actual de sociólogos e historiadores debería *«orientarse a buscar un difícil equilibrio entre las aspiraciones excesivamente utópicas y ambiciosas propias de las etapas fundacionales y la fácil tendencia a la trivialidad de algunos divulgadores, al tiempo que debe evitarse toda proclividad al enclaustramiento dentro de la propia comunidad científica, al margen de la sociedad global»* (TEZANOS, 2008, 372). Se deben derribar las antiguas fronteras y abrir nuevos caminos. Se deben tender puentes que permitan entablar un diálogo entre las diferentes ciencias humanas, permitiendo el intercambio de técnicas y conceptos que den lugar a un avance en su metodología y su investigación. Si las ciencias sociales quieren afirmarse en el campo de las ciencias puras, los nuevos estudios deben ser *«transdisciplinares porque, sin limitarse al estudio del cambio social, la cooperación entre las distintas ciencias sociales permitirá abordar universos temáticos de las más diversas especialidades; multiparadigmáticos porque de esta forma coexistirán estudiosos de muy distinta orientación teórica; y transhistóricos porque lejos de limitarse al estudio de una época o de un proceso paradigmático de cambio, se expandirá hacia la tematización del entero ámbito de la historia»* (ALFARO VELÁZQUEZ, 2009, 15).

En conclusión, aunque todavía queda mucho camino por andar, podríamos afirmar que en la actualidad existe un mayor diálogo y una buena predisposición entre la historia social y la sociología histórica, permitiendo derribar las antiguas concepciones y planteando nuevas teorías que permitan avanzar y ampliar el campo de las ciencias humanas.

5. Bibliografía

- Alfaro Velázquez, R. O., (2009): *La relación entre Sociología e Historia: la sociología, histórica como alternativa, en Contribuciones a las Ciencias Sociales*, en www.eumed.net/rev/cccss/03/roav.htm
- Anda Gutiérrez, C., (2002): *Introducción a las ciencias sociales*, Limusa, cop., México.
- Ayala, F., (1989): *Introducción a las ciencias sociales*, Cátedra, Madrid.
- Bottomore, T., (1976): *La sociología marxista*, Alianza, Madrid.
- Braudel, F., (1984): *La historia y las Ciencias Sociales*, Alianza, Madrid.
- Burke, P., (1987): *Sociología e Historia*, Alianza, Madrid.
- Da Porta, E., y Saur, D., (coord.) (2008): *Giros teóricos en las ciencias sociales y humanidades*, Comunicarte, Córdoba, Argentina
- Francesco, C., (2008): *La ciencia social: ensayos sobre algunos problemas generales de la ciencia social*, Publican, Santander.
- Freund, J., (1975): *Las teorías de las ciencias humanas*, Península, Barcelona.
- Goldthorpe, J. E., (1990): *Introducción a la sociología*, Alianza Universidad, Madrid.
- Hernández Sandoica, E., (1995): *Los caminos de la historia: cuestiones de historiografía y método*, Síntesis, Madrid.
- Hollis, M., (1998): *Filosofía de las ciencias sociales: una introducción*, Ariel, Barcelona
- Juliá, S., (1989): “Sociología e historia, ¿fusión o división de trabajo?”, en *Historia Social / Sociología histórica*, Siglo XXI, Madrid.
- Leclercq, J., (1961): *Introducción a las ciencias sociales*, Textos Universitarios, Madrid.
- Tezanos Tortajada, J. F., (2008): *La explicación sociológica: una introducción a la sociología*, UNED, Madrid.
- Veyne, P., (1984): *Cómo se escribe la historia. Foucault revoluciona la historia*, Alianza Universidad, Madrid.